



ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO

La trampa de la autenticidad

Cómo el liberalismo expresivo entró a la iglesia,
por qué la tolerancia nunca fue un mandamiento
y cómo regresar el centro a Cristo

Josué Candelaria

CUADERNILLO ACM · SERIE FE Y ESPACIO PÚBLICO

CUADERNILLO ACM

Ficha

De qué trata

Este cuadernillo describe un desplazamiento silencioso: cómo la cultura moderna convenció a Occidente de que la autenticidad personal es el bien supremo, y cómo esa convicción entró a la iglesia sin necesidad de negar una sola doctrina. No hubo herejía declarada. Hubo sustitución de criterio: la experiencia dejó de ser interpretada por la Palabra y comenzó a interpretarla. De ahí desciende casi todo lo demás, incluida la extraña idea —hoy dominante— de que la virtud cristiana central es la tolerancia.

Argumentos centrales

- El liberalismo expresivo no llegó a la iglesia como doctrina, sino como método, estética y vocabulario. Por eso pasó desapercibido.
- La sustitución de la verdad por la experiencia no es un problema de tradición eclesial —no es pentecostal ni reformado—, es un problema de criterio, y ninguna tradición está vacunada.
- La tolerancia es una virtud política moderna, valiosa en su lugar y necesaria para el orden civil, pero no es un mandamiento bíblico ni puede funcionar como principio doctrinal sin disolver a la iglesia.

Para quién es

Para pastores, ancianos, líderes de ministerio juvenil y responsables de formación. Para quienes ya notaron que algo cambió en la temperatura espiritual de sus congregaciones y buscan un nombre preciso para nombrarlo, y herramientas concretas para responder.

TESIS DEL CUADERNILLO

La iglesia no perdió la verdad por argumento: la perdió por sustitución. Cambió el criterio de la Palabra por el criterio de la experiencia. Y quien vive del criterio de la experiencia termina predicando tolerancia, porque ya no tiene una verdad que ofrecer.

Josué Candelaria es miembro fundador de Acción Conservadora por México y conductor del *Antiprogresista Podcast*.

Documento institucional de Acción Conservadora por México · Serie Fe y espacio público · 2026

CAPÍTULO PRIMERO



El síntoma antes del diagnóstico

Usted lo ha visto. Quizá no lo ha nombrado, pero lo ha visto.

Tiene una congregación que siente mucho. Los domingos hay lágrimas sinceras, manos levantadas, quebrantamiento genuino. Nadie está fingiendo. Y sin embargo, si el lunes le pidiera a esa misma congregación que explicara qué es la justificación, o por qué Cristo tenía que morir y no simplemente enseñar, o qué diferencia hay entre el arrepentimiento y el remordimiento, encontraría un silencio incómodo. Siente mucho. Cree poco. Y los dos hechos conviven sin que nadie perciba contradicción.

Ha visto también a los jóvenes irse. No con un portazo. No hubo un debate perdido, ni una crisis intelectual, ni un profesor ateo que los desarmara. Simplemente dejaron de venir. Y cuando usted logra sentarse con alguno, la explicación no es un argumento sino una sensación: *ya no me hacía sentido, no me sentía yo, sentía que tenía que fingir*. Se fueron sin haber negado nada explícitamente. Se fueron porque la fe dejó de sentirse como suya.

Ha visto la consejería cambiar. Antes llegaban personas preguntando qué debían hacer. Ahora llegan personas explicando por qué lo que hicieron era, en el fondo, comprensible. Y cuando usted intenta con toda la delicadeza del mundo señalar un pecado —no denunciarlo, apenas nombrarlo— algo se cierra. La frase no siempre se dice, pero está siempre presente: *no me juzgues*. En ese momento usted deja de ser pastor y se convierte en amenaza.

Ha visto pastores buenos, hombres con temor de Dios, empezar a medir su ministerio con métricas que no vienen de la Escritura: asistencia, retención, alcance. No por vanidad. Por responsabilidad. Porque alguien tiene que sostener el edificio, pagar el sonido y financiar el ministerio de niños. Y ha visto cómo esas métricas, poco a poco, empiezan a decidir el contenido del sermón. Nadie decidió predicar menos sobre el pecado. Simplemente se notó que ciertos temas vacían la sala.

Y quizá ha visto lo más desconcertante: personas que aman a Cristo genuinamente, que oran, que sirven, que dan, y que al mismo tiempo sostienen sin ningún conflicto interno posiciones morales que la iglesia sostuvo en sentido contrario durante dos mil años. No hay rebeldía en ellos. Hay una sinceridad desarmante. Están convencidos de que su postura es *la* postura amorosa, y no logran entender por qué usted no lo ve.

Si fuera rebeldía, usted sabría qué hacer. Pero esto no se comporta como rebeldía: se comporta como aire. Está en todos lados, nadie lo puso ahí, y no se puede pelear contra el aire.

Nada de esto es un problema de mala fe. Ahí está la dificultad. Hay páginas y páginas en la Escritura sobre cómo tratar la rebeldía; no hay ninguna sobre cómo tratar el aire.

Este cuadernillo sostiene que ese aire tiene nombre, tiene historia, tiene autores identificables y tiene puertas de entrada rastreables. Y que una vez que usted puede nombrarlo, deja de ser aire y se vuelve algo con lo que sí se puede tratar.

No escribo para señalar a nadie. Escribo porque estoy convencido de que la mayoría de los pastores que hoy operan dentro de este marco no lo eligieron: lo heredaron, lo respiraron, lo recibieron ya empacado en los recursos, las conferencias, los modelos de crecimiento y el vocabulario disponible. Es una trampa bien puesta. Y las trampas bien puestas no se reconocen desde adentro sin ayuda.

CAPÍTULO SEGUNDO



Qué es el liberalismo expresivo

Empecemos por lo más importante: esto no nació en la iglesia. Nació en la cultura, y llegó a la iglesia tarde, como llega casi todo.

La pregunta que organiza toda cultura es antigua y sencilla: **¿dónde está la verdad sobre quién soy yo?** Durante la mayor parte de la historia de Occidente, la respuesta apuntó hacia afuera y hacia arriba. Yo soy quien soy en relación con Dios que me creó, con la familia que me dio nombre, con la comunidad que me formó, con el oficio que heredé, con el orden moral que existía antes de mí y que seguirá existiendo después. Mi identidad me era dada. Mi tarea consistía en conformarme a ella.

La modernidad invirtió la flecha. La verdad sobre quién soy dejó de estar afuera y se mudó adentro. Y con esa mudanza cambió todo.

Rousseau: la voz interior como fuente

Su intuición central, en el siglo XVIII, fue que el hombre es bueno por naturaleza y que la sociedad lo corrompe. Si eso es cierto, entonces el sentimiento espontáneo —no filtrado, no educado— es más confiable que cualquier institución. La autenticidad se vuelve virtud y la conformidad se vuelve mentira. Rousseau no escribió teología, pero sembró la premisa de la que todo lo demás dependerá: *lo que sale de adentro es verdadero; lo que se impone desde afuera es opresión.*

El romanticismo: el sentimiento como revelación

Los poetas y músicos del siglo XIX enseñaron a Occidente que el sentimiento profundo no es solo válido: es revelador. Sentir intensamente se volvió una forma de conocer, y el arte —no la doctrina, no la ley— se volvió el vehículo privilegiado de la verdad. Conviene detenerse aquí, porque esta es la vertiente que la iglesia contemporánea absorbió con más facilidad y menos resistencia.

Freud: el hombre como ser de deseo

Su aportación relevante para nosotros no son sus teorías particulares —muchas ya desacreditadas— sino su marco: el ser humano es fundamentalmente un ser de deseo, y la salud consiste en administrar la tensión entre ese deseo y las exigencias de la civilización. Con Freud, la felicidad deja de ser un asunto moral y se vuelve un asunto psicológico. Y el sufrimiento deja de tener significado y se vuelve un síntoma a resolver.

Rieff: el triunfo de lo terapéutico

Philip Rieff vio lo que eso significaba culturalmente. En 1966 describió el surgimiento de un nuevo tipo humano: el *hombre psicológico*, que sucede al hombre político, al hombre religioso y al hombre económico. El hombre psicológico no vive para servir a Dios, ni a la ciudad, ni a la riqueza: vive para estar bien consigo mismo. Y Rieff notó algo que hoy resulta profético: una cultura solo existe si puede prohibir. Las culturas se construyen sobre renunciadas compartidas. Una cultura terapéutica, que ha convertido la renuncia en patología, ya no es propiamente una cultura: es un público de individuos gestionando su bienestar.

Taylor: el individualismo expresivo como imaginario social

Charles Taylor completó el cuadro: cada persona tiene una manera original de ser humano, debe descubrirla mirando hacia adentro y expresarla hacia afuera, y no hacerlo es traicionarse. Taylor subraya que esto no llega como filosofía, sino como *imaginario social*: el conjunto de cosas que la gente da por obvias sin haberlas pensado nunca. Nadie argumenta a favor del individualismo expresivo. Se respira.

Trueman: el yo que se define hacia adentro

Carl Trueman unió los hilos para mostrar cómo esta genealogía desemboca en el yo moderno: un yo que considera que su sentimiento profundo es su identidad verdadera, y que por tanto experimenta cualquier limitación externa a la expresión de ese sentimiento no como disciplina, sino como violencia contra su ser.

DEFINICIÓN OPERATIVA

Liberalismo expresivo: la convicción —normalmente no argumentada, sino asumida— de que ser uno mismo es el bien supremo, de que la verdad sobre uno mismo se encuentra mirando hacia adentro, y de que aquello que impide expresar ese yo interior es, por definición, el mal.

Léala otra vez, y note lo siguiente: **no hay nada en esa definición que mencione a Dios, ni a la iglesia, ni al pecado, ni a la sexualidad.** Es una tesis puramente antropológica. Precisamente por eso pudo entrar a la iglesia sin activar ninguna alarma doctrinal. No contradice ningún artículo del credo. Pero hace algo más letal: reordena el mundo y adapta el credo a él.

Dónde se ve esto todos los días

Antes de entrar a la iglesia, conviene reconocerlo afuera. Porque el liberalismo expresivo no vive en los libros que acabo de citar: vive en el lenguaje ordinario, en la ley, en la escuela, en la publicidad y en el teléfono que usted trae en el bolsillo. Y su fuerza no está en que se argumente, sino en que ya no haga falta argumentarlo.

- **En la ley.** Cada vez más ordenamientos reconocen la identidad autopercibida como categoría jurídica: lo que la persona declara sentir sobre sí misma tiene efectos legales, y la realidad corporal, biológica o registral queda subordinada a esa declaración. No discuto aquí el mérito de cada norma.

Señalo el principio que las hace posibles: el sentimiento interior se convirtió en un hecho al que el resto de la sociedad debe ajustarse.

- **En el lenguaje de la ofensa.** Se consolidó la idea de que el daño lo define quien lo recibe. Si yo me sentí agredido, hubo agresión. Es la traducción social exacta de la premisa expresiva: mi percepción interna es el criterio último, y ninguna evaluación externa puede corregirla. De ahí descende buena parte de la cultura de la cancelación, que no es un fenómeno de intolerancia sino de epistemología.
- **En la escuela.** Durante décadas se enseñó que el objetivo pedagógico primario es que el niño se sienta bien consigo mismo, y que la exigencia académica es una amenaza para su autoestima. El resultado, medido en cualquier prueba estandarizada, fue generaciones con más confianza y menos competencia. La premisa era que el interior del alumno no debía ser confrontado, solo afirmado.
- **En la publicidad.** Es donde el mensaje se predica con más presupuesto. *Sé tú mismo. Rompe las reglas. No dejes que nadie te diga quién eres.* Es un sermón dominical completo, con altísima producción, repetido varias veces al día durante toda la semana. Y note su estructura: identifica un enemigo (las reglas, la tradición, la expectativa ajena), promete una liberación (ser uno mismo) y ofrece un medio de gracia (el producto).
- **En las redes sociales.** El perfil personal es literalmente un proyecto de construcción de identidad expuesto a validación pública en tiempo real. La plataforma no le enseña a nadie una doctrina; le enseña una práctica: descubre quién eres, exprésalo, y mide su verdad por la respuesta que obtiene. Es disciplinado, con horario extendido y sin interrupción.
- **En el vocabulario terapéutico de uso común.** Palabras que nacieron en la clínica —*tóxico, límites, validación, trauma, narcisista*— hoy operan como categorías morales cotidianas. Y funcionan con una ventaja decisiva sobre las categorías morales clásicas: no admiten discusión. Si yo digo que usted es injusto, usted puede pedirme razones. Si yo digo que usted es tóxico, no hay nada que argumentar; hay que retirarse. El diagnóstico reemplazó al juicio, y con eso desapareció la posibilidad de examinar la acusación.
- **En el matrimonio y la familia.** El pacto se reinterpretó como un espacio de realización personal. Bajo esa premisa, cuando el matrimonio deja de contribuir a mi crecimiento, permanecer en él no es fidelidad sino autotraición. Es un argumento perfectamente coherente si se acepta la premisa. Y es devastador.
- **En el trabajo.** *Encuentra tu pasión, no te conformes, renuncia si no te llena.* La vocación —que era un llamado recibido, con dimensión de servicio y de deber— se volvió una búsqueda de correspondencia entre el empleo y el yo interior.

Ninguno de estos ejemplos es un ataque directo al cristianismo. Ninguno pide apostasía. Todos son, tomados uno por uno, defendibles con buenas intenciones. Y todos operan sobre la misma premisa: **el interior de la persona es la instancia final, y todo lo demás —la ley, la escuela, el pacto, la comunidad, la realidad misma— debe acomodarse a él.**

Aquí está la consecuencia práctica, y es la razón por la que este capítulo importa antes que los siguientes.

Un pastor no puede ser funcional a esta premisa afuera y combatirla adentro. Si la doy por buena en la manera en que hablo del éxito, del matrimonio, de la vocación o de la ofensa, ya la instalé en mi congregación aunque nunca la haya predicado. La sana doctrina no se pierde cuando se niega: se pierde cuando se sigue afirmando sobre un piso que ya se movió.

Reconocerla es el primer trabajo. Nombrarla, el segundo. Y solo después viene la parte de responder.

CAPÍTULO TERCERO



El yo terapéutico y su religión

Cuando el liberalismo expresivo se instala en una persona religiosa, no le quita la religión. Le cambia la función.

La fe deja de ser aquello a lo que uno se somete y se convierte en un vehículo para confirmar presuposiciones internas que a uno lo sostienen. Deja de ser un marco de verdad y se convierte en un recurso de bienestar. Y el cambio es tan sutil que la persona puede mantener intacto todo su vocabulario cristiano mientras el significado de cada palabra se ha vaciado por dentro.

Observe la traducción, término por término.

El pecado se convierte en herida

No desaparece la categoría del mal: se relocaliza. El mal ya no es primariamente algo que yo cometo contra Dios, sino algo que me fue hecho. Yo dejo de ser agente moral y me vuelvo paciente. Y note que esto no es del todo falso —realmente hay heridas, realmente hay trauma, realmente hay pecado cometido *contra* nosotros—, y por eso funciona. Las mejores falsificaciones son las que contienen mucha verdad.

El arrepentimiento se convierte en autoaceptación

Si mi problema principal es una herida y no una culpa, entonces mi camino de salida no es volverme hacia Dios sino reconciliarme conmigo mismo. El llamado deja de ser *arrepíentete* y *cree* y se vuelve *acéptate* y *sánate*. La cruz se convierte en un mensaje sobre cuánto valgo, no sobre cuánto costó rescatarme.

La santificación se convierte en autorrealización

El proceso de ser conformado a la imagen de Cristo —que implica muerte, poda, negación de uno mismo— se reinterpreta como el proceso de llegar a ser plenamente quien yo ya era. El Espíritu Santo pasa de ser el que mortifica las obras de la carne a ser el que desbloquea mi potencial.

El consuelo del Espíritu se convierte en gestión emocional

El Paracleto, el que viene al lado en la aflicción, se reduce a un mecanismo de regulación del estado de ánimo. Y entonces la evidencia de su presencia deja de ser el fruto —amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza— y pasa a ser la intensidad de la experiencia dominical.

Y el pecado más grave deja de ser el pecado: pasa a ser señalarlo

Este es el punto de llegada, y el más importante de todos. En un marco terapéutico, donde la autenticidad es el bien supremo, quien cuestiona la autenticidad ajena está atacando el núcleo mismo de la persona. Por eso el juicio moral se vive como agresión y la corrección se vive como falta de amor. No es hipersensibilidad: es coherencia interna con la premisa. Si mi yo interior es mi verdad, cuestionar mi conducta es cuestionar mi ser.

Una comunidad que no puede prohibir nada deja de ser comunidad. Si en una congregación ya no hay nada que un miembro pueda hacer que provoque una palabra de la iglesia, esa congregación dejó de ser un cuerpo de pacto y se volvió un auditorio.

Los auditorios no tienen miembros: tienen asistentes. No tienen formación: tienen retención. Y ninguna congregación decide volverse un auditorio. Se vuelve un auditorio por acumulación de decisiones razonables, tomadas una por una, cada una con buenas razones.

CAPÍTULO CUARTO

IV

Cómo entró a la iglesia

Si esto nació en la filosofía europea, ¿cómo llegó al púlpito de una iglesia en Monterrey, en Guadalajara, en Villahermosa?

No llegó por los libros de filosofía. Llegó por seis puertas, y ninguna de ellas tenía un letrado que dijera «liberalismo expresivo». Todas tenían letrados mucho más atractivos: *profundidad, eficacia, dignidad, alcance, fe, compasión*.

1 • La puerta teológica: Schleiermacher

Friedrich Schleiermacher, teólogo alemán del siglo XIX, es el acta de nacimiento del problema. Enfrentado a una cultura ilustrada que se burlaba del cristianismo por irracional, buscó un terreno donde la fe fuera inatacable. Y lo encontró: definió la esencia de la religión no como doctrina ni como moral, sino como *el sentimiento de dependencia absoluta*.

Fue una jugada brillante y desastrosa. Brillante porque puso la fe fuera del alcance de la crítica racional. Desastrosa porque, al hacerlo, trasladó el fundamento de la fe del objeto al sujeto. Si la religión es esencialmente un sentimiento, entonces la doctrina es un intento secundario de describir ese sentimiento y, por tanto, es negociable, revisable, culturalmente condicionada. La experiencia se vuelve el dato primario y la Palabra se vuelve comentario. Todo lo que sigue es desarrollo de esta premisa.

2 • La puerta metodológica: Finney

Charles Finney es probablemente la figura más influyente y menos examinada de esta lista, porque su influencia no viaja en libros de teología: viaja en prácticas.

Finney sostuvo que un avivamiento no es un acto soberano de Dios, sino el resultado predecible del uso correcto de ciertos medios: tan filosóficamente resultado del uso de medios adecuados como una cosecha lo es de la agricultura. De ahí derivan las *nuevas medidas*: la reunión prolongada, la apelación emocional sostenida, el banco de los ansiosos —antecesor directo del llamado al altar—, la presión sobre la voluntad hasta la decisión.

La consecuencia de largo plazo no fue doctrinal, fue estructural: **si la conversión es producto de técnica, entonces el ministerio es esencialmente ingeniería de resultados**. Y una vez dentro de esa lógica, la pregunta pastoral fundamental deja de ser *¿es esto fiel?* y se vuelve *¿esto funciona?*

UNA PRECISIÓN NECESARIA

El problema no es el llamado al altar. El problema es la premisa de que la respuesta humana puede manufacturarse con la técnica adecuada. Un pastor puede hacer un llamado al altar con plena convicción de que solo Dios abre corazones. Otro puede hacer exactamente el mismo llamado convencido de que si presiona lo suficiente obtendrá el número. La forma externa es idéntica; la teología subyacente es opuesta.

3 • La puerta psicológica: Peale y Schuller

Norman Vincent Peale y, después, Robert Schuller hicieron algo que en su momento pareció misionalmente astuto: tradujeron el mensaje cristiano al idioma de la psicología popular para hacerlo audible a la clase media secularizada.

Schuller fue explícito. Propuso una reforma que pusiera la dignidad humana en el centro y sostuvo que el problema fundamental del ser humano no es la culpa ante un Dios santo, sino la falta de autoestima. Bajo esa premisa, el pecado se redefine como aquello que erosiona la percepción del propio valor, y la salvación como la restauración de esa percepción.

Note el patrón, porque se repite en cada puerta: **no se negó ninguna doctrina, se reordenó la jerarquía del problema.** Y cuando cambia el diagnóstico, cambia inevitablemente el remedio. Si mi problema es que no me valoro, no necesito un sustituto que muera en mi lugar: necesito que alguien me convenza de mi valor. La cruz sigue en el sermón, pero ahora demuestra cuánto valgo en vez de cuánto debía.

4 • La puerta mercadotécnica: el modelo del consumidor

En los años ochenta y noventa se consolidó el movimiento de crecimiento de iglesia y el modelo *seeker-sensitive*: diseñar el servicio dominical pensando en las preferencias del no creyente que asiste por primera vez, para reducir toda fricción cultural que pudiera impedirle regresar.

La intención era misional y en muchos casos honesta. El efecto fue reclasificar al asistente: dejó de ser un pecador ante Dios y se volvió, funcionalmente, un consumidor con preferencias. Y una vez que existe un consumidor, la lógica es implacable: sus preferencias empiezan a decidir la música, la duración, el vocabulario, los temas, la estética. No por corrupción, sino por retroalimentación. Uno predica sobre santidad y la asistencia baja; uno predica sobre propósito y la asistencia sube. Nadie tiene que dar la orden. El sistema aprende solo.

**Adaptar la forma para comunicar el mensaje es misión.
Adaptar el mensaje para conservar la audiencia es rendición.
La diferencia es de dirección, no de intensidad, y por eso es
tan fácil cruzarla sin sentirlo.**

Querer que el visitante entienda lo que se dice no es pecado. Pablo se hizo todo a todos. La claridad, la hospitalidad y el cuidado por el que llega de fuera son virtudes cristianas. La frontera está en otro lugar.

5 • La puerta económica: la teología de la prosperidad

La prosperidad completó el cuadro instalando al yo como beneficiario del pacto. Dios entra en la ecuación como parte contractual: yo cumplo condiciones —fe, confesión, siembra— y Él responde con salud, provisión y éxito.

El efecto profundo no es económico sino antropológico: **el ser humano deja de existir para la gloria de Dios y Dios pasa a existir para el bienestar del ser humano**. Es la inversión más completa posible del orden bíblico, y ocurre sin negar la existencia de Dios, sin negar la Escritura, y frecuentemente con más citas bíblicas por minuto que en cualquier otro púlpito.

La prosperidad también inutiliza el sufrimiento. Si la bendición material es la prueba de la fe, entonces el sufrimiento del creyente solo puede explicarse como falla suya. Se pierde así todo el testimonio bíblico sobre el sufrimiento como escuela, como participación en Cristo, como lugar donde la gracia se perfecciona. Y se pierde la capacidad de pastorear al que sufre, que es buena parte de lo que hace un pastor.

6 • La puerta contemporánea: la experiencia como autoridad hermenéutica

La forma más reciente, hoy visible sobre todo entre jóvenes, es la que suele llamarse *deconstrucción*. Su mecanismo es el siguiente: una experiencia personal —normalmente una experiencia real de dolor, exclusión o daño recibido en una comunidad de fe— se convierte no en un dato a interpretar a la luz de la Escritura, sino en el criterio que decide qué partes de la Escritura son aceptables.

El argumento típico tiene esta forma: *este texto me hizo daño, por lo tanto no puede ser palabra de un Dios bueno*. Y aquí hay que ser especialmente cuidadosos, porque **muchas de esas experiencias de daño son absolutamente reales**, y la iglesia tiene responsabilidad genuina en varias de ellas. La respuesta correcta no es negar el daño: es señalar el salto lógico. Del hecho de que fui herido en nombre de un texto no se sigue que el texto sea falso; se sigue, en todo caso, que fue mal usado.

Pero ese salto solo se ve como salto si uno todavía sostiene que hay una autoridad por encima de la experiencia. Si ya se aceptó la premisa expresiva —es decir, que la experiencia y la percepción personal definen la realidad por encima de la verdad objetiva—, entonces no hay ningún salto: es apenas la conclusión lógica de ese pensamiento.

Los vectores que no son doctrinales

Las seis puertas anteriores son identificables por nombre. Pero la mayor parte de la penetración del liberalismo expresivo no ocurrió por ninguna de ellas: ocurrió por vectores que nadie clasifica como teológicos y que, por eso, nunca fueron examinados.

- **La alabanza diseñada para producir un estado emocional.** No hablo de música emotiva —los salmos son emotivos, el llanto ante Dios es bíblico— sino de una arquitectura deliberada de producción: progresión armónica, dinámica, iluminación y duración calculadas para generar una respuesta afectiva específica. Cuando la congregación aprende que el encuentro con Dios se siente de una manera determinada, lo que se ha formado en ella no es adoración: es expectativa de un estado. Y toda semana en que ese estado no llegue será leída como una semana sin Dios.
- **El sermón como charla motivacional.** No por reemplazo del texto, sino por instrumentalización: el pasaje entra como ilustración de un principio de vida en vez de gobernar el mensaje. Se predica *sobre* la Biblia en lugar de predicar la Biblia.
- **El discipulado convertido en acompañamiento.** El proceso de formar a un creyente en doctrina, disciplina y obediencia se transforma en una relación de apoyo emocional cuyo criterio de éxito es que la persona se sienta acompañada. El acompañamiento es bueno y necesario; el problema es cuando se vuelve todo lo que hay.
- **El testimonio desplazando a la exposición.** El testimonio es bíblico y poderoso. Pero cuando se vuelve el género dominante del púlpito, la congregación aprende sin que nadie se lo enseñe que la autoridad reside en la experiencia narrada y no en la Palabra expuesta.

Ninguno de estos vectores requirió una decisión doctrinal. Por eso ninguna junta de ancianos los discutió jamás.

CAPÍTULO QUINTO

V

La sustitución: experiencia por verdad

Llegamos al núcleo, y quiero ser muy preciso aquí, porque este es el punto donde más fácilmente se me puede malentender.

ESTE NO ES UN ALEGATO CONTRA LA EXPERIENCIA

Lo digo desde mi propia convicción: soy continuista. Creo que los dones del Espíritu están vigentes, que Dios obra sobrenaturalmente hoy, que sana, que habla, que irrumpe en la historia de personas concretas. No escribo desde una teología que necesite explicar la experiencia como residuo psicológico. Escribo desde una que la espera.

Y precisamente por eso me importa este punto. **Quien más necesita un criterio para juzgar la experiencia es quien más experiencia espera.** El cesacionista puede darse el lujo de la indiferencia; el continuista no. Si yo creo que Dios habla hoy, entonces necesito con urgencia saber distinguir cuándo es Dios, cuándo es mi propia alma y cuándo es otra cosa. Sin criterio, el continuismo se vuelve credulidad. Con criterio, se vuelve lo que la Escritura describe.

El problema, entonces, nunca fue la experiencia. **El problema es el orden.**

En el orden bíblico, la Palabra constituye la experiencia y la interpreta. Israel no dedujo el carácter de Dios a partir de sus sensaciones en el desierto: Dios se reveló, dio su nombre, dio su ley, y a la luz de eso Israel interpretó lo que le sucedía. Los discípulos no concluyeron la resurrección por una sensación de esperanza: encontraron una tumba vacía y a un hombre comiendo pescado. La experiencia cristiana es siempre respuesta a algo que ocurrió afuera y antes de mí.

En el orden invertido, la experiencia se convierte en el dato primario y la Palabra pasa a ser el material con el que se explica la experiencia. Y desde ahí, todo texto que contradiga lo que yo he sentido queda automáticamente bajo sospecha.

La Escritura misma nos entregó la herramienta, y es notable que venga precisamente de contextos de fenómenos espirituales intensos:

«Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios.» — 1 Juan 4:1

*«No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno.»
— 1 Tesalonicenses 5:19-21*

Note el orden de esta segunda: no apagar y examinar no son instrucciones en tensión. Son la misma instrucción. Solo quien examina puede darse el lujo de no apagar.

Y los de Berea —elogiados explícitamente por el texto sagrado— recibieron la palabra con toda solicitud y **escudriñaron cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así**. Estaban examinando a Pablo. Al apóstol. Con el texto en la mano. Y Lucas los llama *más nobles* por hacerlo.

La experiencia se juzga por la Palabra. La Palabra no se juzga por la experiencia. Y donde hay más expectativa de experiencia, se necesita más rigor en el criterio, no menos.

Esto no restringe la obra del Espíritu: la protege. Un continuismo sin criterio no produce más presencia de Dios; produce una congregación incapaz de distinguir a Dios de sus propias emociones y, por tanto, vulnerable a cualquiera que sepa producir emociones. La sujeción a la Palabra no es una jaula para el Espíritu: es la manera en que el Espíritu mismo decidió hacerse reconocible.

CAPÍTULO SEXTO

VI

La tolerancia no es un mandamiento

Cuando una comunidad pierde el criterio de verdad, no se queda sin nada. Se queda con la única virtud que sobrevive a la ausencia de verdad.

Por eso la tolerancia se volvió, en tantos espacios cristianos, la virtud suprema. No porque alguien la haya predicado como tal, sino porque es lo que queda cuando ya no hay una verdad que ofrecer. Si no puedo decirle a nadie *esto es verdad*, lo único que me queda es decirle *no te voy a juzgar*.

Vale la pena entonces preguntarse de dónde viene esta virtud.

1 • Es una virtud política moderna, no una categoría bíblica

La tolerancia como valor articulado aparece en Europa en los siglos XVI y XVII, y aparece por una razón muy concreta: las guerras de religión habían demostrado que cristianos matando cristianos por diferencias doctrinales era un desastre civilizatorio. Locke, en su *Carta sobre la tolerancia*, y más tarde Mill, formularon el principio que resolvería el problema: el Estado no debe coaccionar la conciencia; las diferencias de creencia deben resolverse por persuasión y no por fuerza.

Fue una solución excelente, y hay que decirlo con claridad: fue una solución a un problema real y sigue siendo la solución correcta a ese problema. Quien esto escribe la defiende sin reservas.

Pero note lo que la tolerancia es en su origen: **una regla para la convivencia entre desacuerdos irresueltos en la plaza pública**. No es una virtud del alma. No es un fruto del Espíritu. No es una categoría teológica. Es un arreglo político, y uno bastante reciente. Busque el término en la Escritura y no lo encontrará como mandato. Y esto no es un descuido del texto: es que el problema que la tolerancia resuelve no es el problema que la Escritura está tratando.

2 • Lo que la Escritura sí manda

Lo que sí encontramos es otra cosa, y conviene distinguirla con cuidado porque a menudo se traduce mal.

- **Amor (ἀγάπη)**. El amor bíblico no es afirmación indiscriminada: *el amor no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad* (1 Co 13:6). El amor tiene un contenido de verdad incorporado. Un amor que se acomoda a la falsedad no es amor: es indiferencia con buenos modales.
- **Paciencia (μακροθυμία)**. Literalmente, *ánimo largo*. La disposición a no reaccionar de inmediato, a sostener el trato con quien nos ofende, a dar tiempo. Es una virtud del carácter, no una posición sobre la verdad. Uno puede ser infinitamente paciente sin haber cedido un milímetro en lo que

cree.

- **Soportarse unos a otros (ἀνέχομαι).** Es la que más se confunde con tolerancia. Pero el objeto de este soportar es el hermano difícil, no la doctrina falsa. Soporto tu carácter áspero, tu inmadurez, tu manera de ser que me irrita. No «soporto» —en el sentido de aceptar— una enseñanza que destruye a la gente.

De hecho, cuando el Nuevo Testamento habla explícitamente de tolerar doctrina falsa, lo hace como reproche: *bien toleráis si alguno os esclaviza* (2 Co 11:20). Pablo está siendo irónico, y su ironía es exactamente la contraria a la nuestra: los corintios eran *demasiado* tolerantes.

Ninguna de estas tres virtudes exige suspender el juicio sobre la verdad. Todas describen *cómo* tratar a las personas, no *qué* concluir sobre las afirmaciones.

3 · La distinción que sostiene todo el argumento

LA DISTINCIÓN CENTRAL

Tolerancia civil: sí. Tolerancia doctrinal como principio eclesial: no.

La tolerancia civil es legítima, necesaria y cristianamente defendible. El Estado no debe coaccionar la conciencia de nadie. Ningún gobierno debe imponer la fe por la fuerza. La libertad religiosa de quienes no comparten mi fe —católicos, mormones, musulmanes, ateos, quien sea— debe ser defendida con la misma energía con que defiendo la mía, porque una libertad que solo protege al que tiene el poder no es una libertad. Quien esto escribe rechaza expresamente el Estado confesional y sostiene la democracia liberal con equilibrios de poder como el mejor arreglo político disponible para una sociedad plural.

Más aún: **conviene a la iglesia que así sea.** Una iglesia que necesita del brazo del Estado para sostener su enseñanza ya confesó que su enseñanza no se sostiene sola.

Lo que no es legítimo es importar esa regla política al interior de la iglesia y convertirla en principio doctrinal. Porque la iglesia no es la plaza pública. La plaza pública existe para que convivan quienes no están de acuerdo. La iglesia existe para ser *columna y baluarte de la verdad* (1 Ti 3:15). Una iglesia cuyo principio rector es no pronunciarse sobre la verdad ha renunciado a su definición.

En términos prácticos: yo defiendo el derecho de mi vecino a creer lo que quiera y a vivir conforme a ello sin que el Estado lo persiga. Y al mismo tiempo enseño en mi congregación que hay cosas que son verdad y cosas que no lo son, y que esa distinción tiene consecuencias eternas. Las dos afirmaciones son perfectamente compatibles. De hecho, se necesitan mutuamente: solo quien realmente cree que hay verdad tiene algo que ganar con la libertad de discutirla.

La confusión entre ambos planos produce dos deformaciones simétricas: iglesias que quieren imponer por ley lo que no logran persuadir por predicación, e iglesias que dejaron de predicar porque confundieron el respeto civil con el silencio doctrinal.

CAPÍTULO SÉPTIMO

VII

La verdad que hace libres

Después de todo lo anterior corresponde la parte constructiva. Porque diagnosticar es la mitad fácil.

El texto que necesitamos es probablemente el más citado y el más truncado de todo el Nuevo Testamento.

*«Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: **Si vosotros permaneciereis en mi palabra**, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.» — Juan 8:31-32*

Casi siempre se cita a partir de *conoceréis la verdad*. Y al cortarlo ahí, el versículo se vuelve un eslogan compatible con cualquier cosa: la verdad como valor abstracto, la autenticidad como camino de liberación, el «conócete a ti mismo» con barniz bíblico. Pero el texto completo dice algo casi opuesto a la lectura expresiva, y lo dice en tres movimientos encadenados.

Primero: hay una condición

Si permaneciereis en mi palabra. No es una promesa incondicional a todo el que busque su verdad. Es una promesa a quien permanece —μένω, habitar, quedarse— en una palabra que no es suya, que le fue dada, y que probablemente en más de un punto le resultará incómoda. La libertad no está al final de una búsqueda interior: está al final de una sujeción.

Segundo: la verdad es una persona antes que un contenido

Tres capítulos más adelante: *Yo soy el camino, y la verdad, y la vida*. La verdad cristiana no es primariamente un sistema de proposiciones correctas —aunque incluye proposiciones y estas importan— sino una persona a quien uno se somete. Por eso la relación correcta con la verdad no es *tenerla*, sino *permanecer en ella*.

Tercero: la libertad es fruto, no punto de partida

El orden del versículo es inflexible: permanecer, conocer, ser libre. La cultura expresiva propone el orden exactamente inverso: primero libérate de toda restricción externa y, desde esa libertad, descubre tu verdad. Cristo dice que eso no funciona, y el capítulo continúa explicando por qué: *todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado*. La liberación de la restricción externa no produce libertad: produce sujeción a un amo interior mucho menos negociable.

La autenticidad promete libertad y entrega esclavitud al deseo. La verdad exige sujeción y entrega libertad real.

Esta es la razón por la que la respuesta pastoral al liberalismo expresivo **no puede ser solamente denuncia**. Si lo único que la iglesia le dice a una generación formada en la autenticidad es *tu camino está mal*, lo que escucharán es *quédate donde estás, encadenado, porque así debe ser*.

Lo que hay que decirles es otra cosa, y es verdad: *tu deseo de libertad es correcto; lo que te vendieron como libertad es una jaula con espejos, y hay una puerta real, y no está adentro de ti*. Ese mensaje es competitivo. La denuncia sola no lo es.

CAPÍTULO OCTAVO

VIII

Qué hacer desde el púlpito

Nada de lo anterior sirve si se queda en diagnóstico. Estas son las líneas de acción concretas, en orden de impacto.

1 • Recuperar la predicación expositiva

La predicación temática, aun la buena, tiene un problema estructural: el predicador elige el tema. Y todo predicador tiene puntos ciegos, temas incómodos y pasajes que preferiría no tratar. Con el tiempo, esa selección acumulada dibuja un evangelio parcial.

La exposición continua de libros completos resuelve esto sin necesidad de valentía extraordinaria: el texto llega cuando toca. Usted no eligió predicar sobre juicio esta semana; le tocó Romanos 2. La estructura hace el trabajo que la disciplina personal a veces no alcanza a hacer. Y tiene un efecto formativo secundario más importante que el primero: **la congregación aprende, semana tras semana, que la autoridad está en el texto y no en el orador.**

2 • Reinstalar la catequesis

La mayor parte de los evangélicos mexicanos no puede articular lo que cree. No por falta de fe, sino porque nadie se lo enseñó de manera sistemática. Y una fe que no se puede articular es una fe que no se puede defender, ni transmitir, ni examinar.

Recupere la enseñanza doctrinal explícita: un catecismo, una confesión histórica, una serie sistemática de doctrina. Que la congregación pueda responder qué es Dios, qué es el hombre, qué es el pecado, qué es la gracia, qué es la iglesia. No para volverlos teólogos, sino para darles algo con qué examinar lo que reciben.

Esto es especialmente urgente para adolescentes y jóvenes. Un joven que puede explicar la doctrina de la imagen de Dios tiene defensas reales frente al discurso identitario contemporáneo. Un joven que solo tiene un recuerdo emocional de un campamento no tiene ninguna.

3 • Cuidado pastoral con proceso

Este es el punto que más resistencia genera y uno de los más decisivos. No hablo de dureza ni de espectáculo. Hablo de que exista un camino claro: que pertenecer a la iglesia signifique algo, que haya un compromiso explícito, y que cuando un hermano se está haciendo daño haya alguien con la responsabilidad y la libertad de ir a hablar con él, conforme a Mateo 18.

El propósito de la corrección nunca es castigar: es restaurar, y proteger al rebaño. Una iglesia sin ningún proceso de este tipo no tiene manera de distinguir entre quien está creciendo y quien se está destruyendo y, por tanto, tampoco tiene manera de amar realmente a ninguno de los dos.

4 • Auditar el vocabulario del púlpito

Un ejercicio concreto y sencillo: revise las últimas diez predicaciones —suyas y de su equipo— buscando estas expresiones.

- *Mi verdad / tu verdad*
- *Sé auténtico / sé fiel a ti mismo*
- *Dios te acepta tal como eres, sin la segunda mitad: y te ama demasiado para dejarte así*
- *Descubre tu propósito* como eje del mensaje
- *Sanidad* usada donde el texto dice *arrepentimiento*
- *Herida* usada donde el texto dice *pecado*

Ninguna de estas frases es herética. Todas son vectores. El punto no es prohibirlas, sino saber cuándo se están usando y con qué peso.

5 • Consejería que no sea terapia con vocabulario bíblico

Distinga tres cosas que hoy se mezclan: el acompañamiento pastoral, el tratamiento de patología clínica y la corrección moral.

Hay condiciones médicas reales que requieren atención profesional, y negarlo es crueldad disfrazada de espiritualidad. Hay dolor real que requiere presencia y tiempo. Y hay pecado que requiere ser nombrado. Confundir las tres categorías produce dos errores igualmente graves: espiritualizar la depresión clínica y patologizar el pecado. El pastor no tiene que ser terapeuta; tiene que ser pastor, y saber cuándo derivar.

6 • Formación de jóvenes con contenido, no con entretenimiento

La estrategia dominante de retención juvenil —hacer la iglesia más divertida que el mundo— está perdida de antemano: el mundo tiene más presupuesto. Y además comunica exactamente el mensaje equivocado, porque enseña que la iglesia compite en el mismo terreno del consumo.

Lo que los jóvenes no encuentran afuera es lo que la iglesia tiene en exclusiva: una explicación coherente de quiénes son, de por qué el mundo está roto, de por qué sus deseos no los satisfacen y de qué se les pide. Antropología cristiana, apologética, doctrina, historia de la iglesia. Suena árido. En la práctica es lo único que retiene, porque es lo único que no pueden conseguir en otro lado.

7 • Liturgia como formación, no como producción

Todo servicio forma a quien asiste, se pretenda o no. La pregunta no es si su liturgia enseña, sino qué enseña.

Un servicio que consiste en producción emocional seguida de charla motivacional enseña que la fe es un estado de ánimo. Un servicio que incluye lectura pública de la Escritura, confesión de pecado, declaración de perdón, credo, exposición y mesa enseña la estructura del evangelio sin decir una palabra sobre ella.

No propongo un modelo litúrgico particular. Propongo que la pregunta se haga: *¿qué está aprendiendo mi congregación de la forma de nuestro servicio, más allá del contenido del sermón?*

CAPÍTULO NOVENO

IX

Cierre

No escribí esto para señalar culpables.

Lo escribí porque estoy convencido de que la inmensa mayoría de los pastores que hoy operan dentro de este marco no lo eligieron. Lo heredaron. Les llegó ya empacado en los recursos disponibles, en los modelos de crecimiento que enseñaban las conferencias, en el vocabulario que traían los libros, en la música que producían los ministerios grandes, en las métricas con que otros medían el éxito.

Fue una trampa bien puesta. Y las trampas bien puestas no tienen la apariencia de trampas: tienen la apariencia de sentido común, de eficacia, de compasión, de misión.

Salir de ella no requiere volverse duro. Requiere volver a poner las cosas en su orden. La Palabra primero, la experiencia después. La verdad primero, la libertad como fruto. La persona amada, el error nombrado. El pastor como siervo de un texto que no escribió, ante una congregación que no le pertenece, para la gloria de un Dios que no necesita ser hecho atractivo.

México necesita iglesias con un centro firme. La batalla cultural que este país tiene por delante no se gana con estrategias de comunicación: se gana con comunidades que saben lo que creen, que pueden decirlo, que pueden vivirlo y que pueden formar a la siguiente generación en ello.

Eso empieza en un púlpito. Probablemente en el suyo.

HERRAMIENTA



Diez preguntas para diagnosticar su congregación

Responda con honestidad. No hay puntaje. Cada respuesta incómoda es una línea de trabajo.

- 01 Si le preguntara a un miembro promedio de mi congregación qué es el pecado, ¿respondería en términos de ofensa a Dios o en términos de daño recibido?
- 02 ¿Cuándo fue la última vez que prediqué un pasaje que sabía que iba a incomodar a la mayoría de los asistentes?
- 03 Cuando un hermano está tomando decisiones que lo están dañando, ¿existe alguien con la cercanía y la responsabilidad de acercarse a hablar con él, o normalmente esperamos que se resuelva solo?
- 04 Si elimináramos la música de nuestro servicio dominical, ¿quedaría suficiente evangelio en pie?
- 05 ¿Nuestros jóvenes pueden explicar por qué creen lo que creen, o solo pueden narrar cuándo lo sintieron?
- 06 En nuestra consejería, ¿el objetivo declarado es que la persona se sienta mejor o que la persona se conforme a Cristo?
- 07 ¿Qué métrica reviso primero el lunes por la mañana? ¿Y qué dice eso sobre lo que realmente estoy buscando?
- 08 Cuando alguien dice *siento que Dios me dijo*, ¿tenemos en esta iglesia una manera de examinarlo, o se acepta sin más?
- 09 Cuando un miembro se aparta, ¿tenemos una manera clara y amorosa de buscarlo, o depende de que alguien se anime?
- 10 Si yo dejara de ser el pastor mañana, ¿la congregación tendría criterio propio para evaluar a quien llegara después?

ANEXO

XI

Glosario

Liberalismo expresivo. Convicción, normalmente asumida más que argumentada, de que ser uno mismo es el bien supremo, de que la verdad sobre uno mismo se halla mirando hacia adentro y de que lo que impide expresar ese yo es el mal.

Individualismo expresivo (Taylor). Forma social del anterior: cada persona tiene una manera original de ser humano que debe descubrir y expresar. Opera como imaginario social, no como filosofía explícita.

Yo terapéutico. Modelo de identidad en el que el criterio último de una vida buena es el bienestar psicológico del individuo.

Hombre psicológico (Rieff). Tipo humano que sucede al hombre religioso, político y económico; vive para el equilibrio interior antes que para cualquier fin trascendente.

Cultura terapéutica. Cultura que ha sustituido las categorías morales por categorías de salud mental: culpa por trauma, deber por bienestar, virtud por autenticidad.

Antinomia autenticidad-autoridad. Tensión estructural del marco expresivo: toda autoridad externa se percibe como amenaza a la autenticidad y, por tanto, como violencia.

Seeker-sensitive. Modelo de diseño del servicio dominical orientado a las preferencias del visitante no creyente.

Deconstrucción (uso contemporáneo). Proceso de revisión de la fe en el que la experiencia personal —frecuentemente de daño real— funciona como criterio último de qué elementos de la fe se conservan.

Tolerancia civil. Principio político moderno según el cual el Estado no debe coaccionar la conciencia. Legítimo, necesario y compatible con la fe cristiana.

Tolerancia doctrinal. Traslado indebido del anterior al interior de la iglesia, convirtiendo la suspensión del juicio sobre la verdad en principio eclesial.

Predicación expositiva. Predicación en la que el contenido y el orden del mensaje están gobernados por el texto bíblico expuesto de manera continua.

Catequesis. Enseñanza sistemática y estructurada de la doctrina cristiana, tradicionalmente mediante catecismos o confesiones.

Para seguir leyendo

- Carl R. Trueman — *El ascenso y triunfo del yo moderno*
- Philip Rieff — *El triunfo de lo terapéutico*

- Charles Taylor — *La era secular / Las fuentes del yo*
- David F. Wells — *No Place for Truth*
- J. Gresham Machen — *Cristianismo y liberalismo*
- Os Guinness — *Fool's Talk*

La trampa de la autenticidad. Cuadernillo de Acción Conservadora por México, Serie Fe y espacio público. Texto de Josué Candelaria. Se autoriza su reproducción íntegra y sin fines de lucro citando la fuente.



ACCIÓN CONSERVADORA POR MÉXICO

Ideas para otro México posible.

accionconservadora.org
info@accionconservadora.org